

**VIRGINIS ASSVMPTIO PVLERRIMA INANI DEICTA RECENS A PARADISO
VENIT SEMPER PATET. ANA DMATOS
PROCESALIA 2013.**

Ante el territorio privilegiado del altar mayor, fuerza motriz y efectista, un cuerpo etéreo se ha liberado de cualquier conquista material y ha pedido elevarse para entregarse en un continuum, en un enclave simultáneo: espiritual y desacralizado.

Tanto por su emplazamiento como por su posicionamiento, *Virginis Assumptio* se presenta como el mejor de los pretextos y la mejor de las justificaciones. El espacio se convierte en característica tangencial a la obra, incorporándose a la visión global de la iglesia, y es así como su significado queda suscrito, bajo una táctica de aparente diplomacia que disimula una sutil ambigüedad.

Virginis Assumptio se alza soberbia, altiva, un cuerpo que se impone y se expone en una pluralidad de reciprocidades espaciales, formales y coyunturales.

Su forma es plenamente humana en tanto que perceptible, y aún a pesar de no revelarse del todo es enfática. Precisamente en su apariencia esencial reside su concreción, su identidad elemental e inmediata.



En su gesto y actitud busca una mediación con su homónima -en el retablo- y deviene una suerte de inquietante extrañeza en la medida en que ambas se interrelacionan: de la densidad de lo concreto a la levedad de lo fluctuante. Y así aflora una doble alteridad, un juego casi carnal de correspondencias visuales que no incomodan, porque ya no se rinde al impulso irresistible de la sacralidad.

Hay en la *Virginis Assumptio* cierto desdén y desafío. El resultado se antoja abrumador en una insólita tramoya donde el diálogo se impone y el espacio sacro se torna refugio. Es cuerpo pero a su vez se distancia de su anclaje corpóreo para librarse de lo religioso, en un intento por desmarcarse voluntariamente de los hábitos y creencias pretéritas.

Su intensidad reside en la propia deconstrucción de la réplica, destituyéndola de todo ornamento y permitiendo traslucir la riqueza de un pasado barroco ya apagado. Ante su análoga, se postula como símbolo de un alter ego antagónico; dos caras de una moneda que nunca llegarán a encontrarse. Y sólo aquí se reconoce, porque en su confrontación funciona sin prejuicios, pulsante, viva.

En el terreno baldío que ha dejado la descontextualización del objeto religioso, Ana DMatos restituye su permanente pecado original, y es en la polémica de su vigencia donde encuentra una posición reivindicativa. Siguiendo una lógica iconográfica cargada de agitación intelectual, la artista redibuja un estado de dislocación entre pasado y presente. Mediante una mirada desdoblada, trastoca un símbolo religioso convencional para convertirlo en elemento subversivo, estableciendo así una nueva significación, una cura contra la inanidad canónica. Porque a fuerza de querer ser, ha venido a simular todo lo contrario, maridando de forma aséptica su permanente ánimo de crítica.